

REVISTA DE MADRID.

Casamiento.—Modas.—El Prado.—Teatros.—Suscripcion.—Los Diarios.—Un demente.

Aun resuenan en nuestros oídos las voces de los ciegos que há pocos días anunciaban « el programa que se ha de celebrar en las funciones reales, » y ya pasaron toros, teatros, iluminaciones y demas festejos.

Porque cual humo las dichas

Veloces vuelan y pasan,

Dejando solo un recuerdo

En la mente de su estancia.

Como otros periódicos se han adelantado á publicar largas y minuciosas descripciones de ellos, nos creemos dispensados de esta tarea, tanto mas cuanto que vamos á anunciar á nuestros lectores, y sobre todo á los femeninos, un acontecimiento por mucho tiempo deseado, un casamiento que tiene en espectacion á toda Europa, mejor dicho, al mundo entero. Hablamos del enlace de la moda con el invierno, y de la hermana de aquella, la elegancia, con el buen gusto. A la verdad que causa admiracion que la primera, fresca y bulliciosa, vaya á unir su suerte á la rugosa y descolorida faz de un viejo octogenario, pero esta dificultad desaparece á la idea de que como muger, como algunas, queremos decir, es voluble, y dentro de seis meses le abandonará para echarse en brazos del verano. En tanto llega el feliz instante del consorcio, vamos á publicar la relacion de las fiestas y de los trages que imperarán.

Parece cosa indudable que el salon del Prado tardará pocos días en adornarse con cuanto hermoso y elegante encierra dentro de sus muros la corte en tiempo de las dos Españas. En vez de la rutinaria costumbre de encender miles y miles de vasos de colores, aquel magnífico paseo estará alumbrado con los claros y vivísimos resplandores de los ojos de las madrileñas, que eclipsando los del sol, brillarán de dos á una de la tarde. Y preguntamos nosotros ¿no tendrá esta mas aficionados que cuantas funciones acaban de celebrarse? Allí la caída de un abanico proporciona al uno la ocasion de aparecer amable, mas allá, burlando la vigilancia de la mamá, recibe el otro una cita del objeto de sus amores, aunque tambien es verdad que algunos, á consecuencia de una mirada de desden ó cosa por

estilo, suelen dirigirse al canal..... para dar un paseo por el campo. Pero de todos modos el Prado estará magnífico, y será donde se hagan cumplir exactamente los decretos de la moda, que aunque ajenos á los secretos ministeriales, sabemos el contenido de algunos.

Se concede una amnistía amplia, y sin distincion de clases y colores, á todos los terciopelos, cachemiras, merinos, schales de India, pañuelos de la China, y demas géneros que deploran su larga estancia en los estantes de los almacenes. Se exceptúan de esta regla el azul por oscuro, el verde por no confundirse con el del campo, el encarnado por llamativo, el rosa por no ser de la estacion, etc., etc.

UN RECUERDO DE AMERICA.

LA HIJA DE LOS BOSQUES.

Aunque la América del Sur en sus comarcas litorales es hoy muy conocida de la Europa, no lo son todavía ciertas regiones centrales que atraviesan las vastas cordilleras de los Andes, apenas visitadas de los europeos, y en las que se han acumulado las razas indígenas. Pero en 1770; es decir, en la época en que recibí de mis superiores órdenes de partir para el *Nuevo-Mundo*, las dos Américas eran regiones desconocidas, cuyo nombre se pronunciaba con admiracion: paises todavia cubiertos por un velo misterioso.

Mi alma se lanzó entusiasmada en el nuevo horizonte que se presentaba ante mis ojos; donde el fervor del misionero se inflama con solo la idea de convertir colonias sepultadas en las tinieblas de la idolatría; la curiosidad del viajero se engrandece al pronunciar el nombre de un mundo cuyas costumbres, habitantes y riquezas naturales les eran tan estrañas; y viajeros y misioneros nos lanzamos sobre la flota que habia de conducirnos, impacientes de llegar al término de nuestro viaje, aunque temerosos del peligro á que estaríamos espuestos entre aquellos pueblos bárbaros.

Todavía conservo el recuerdo de aquella vida llena de emociones, y, enmedio de mi fantástica contemplacion examino admirado aquellas mágicas comarcas y la sencillez y llaneza de sus morenos habitantes.... ¡Pobres indios! ¡el corazon se me desgarrá cada vez que pienso en la suerte que os fué reservada!... Poco á poco habeis retrocedido ante la avariciosa Europa; atacados enme-

dio de los bosques, diezmados por el hierro, las deserciones y las pasiones nuevas que se os han comunicado, ¿qué os habeis hecho? Vuestros restos han buscado refugio en los desiertos que os han quedado; y tiempo llegará en que el vencedor europeo arrasará vuestros campos y se apoderará hasta de vuestros mas ocultos sepulcros.

Entre los recuerdos mas notables que se me presentaban cuando traslado mi pensamiento al Nuevo-Mundo, es uno el de una joven é inocente hija del desierto que murió casi á mis pies. Entonces me hallaba en Nueva-Granada, y marchaba de mision en mision llevando las órdenes de mis superiores á los eclesiásticos que, en provecho de la religion, habian formado establecimientos en estas inmensas comarcas casi desiertas.

La naturaleza parece que ha reunido sus mas bellos contrastes en la América meridional. Tambien antes habia admirado los deliciosos valles de Caracas y el hermoso lago de Tarricaña, sembrado de pequeñas islas, y en cuyas aguas refleja la imagen de multitud de pámpanos que cubrian sus orillas, y además habitado inmensas campiñas ornadas por la tierna planta de la caña de azúcar, ó por bosquecillos sombreados por el espeso follage de los cocos; pero exceptuando estos lugares donde la naturaleza prodiga la vida, no pude dejar de admirarme al ver un desierto desnudo de toda vegetacion. Pasé una colina, pasé un peñasco que se elevaba como una isla en medio de este vacío inmenso. A manera de un océano las llanuras de la América del Sur llenan el espíritu de un sentimiento sublime. Pero el aspecto del imponente mar está embellecido con el continuo brillar de las espumosas olas; mientras los *Pampas* ó *Llanos* presentan la triste y silenciosa imagen de la muerte!

Estas son las apartadas y peligrosas soledades que separan á la Nueva-Granada del Perú, y donde el precepto de mis superiores me habia conducido. No habia dejado de preveer los obstáculos y peligros á que estaba espuesto; mas de una vez el diente de un feroz animal silvestre de los muchos que allí abundan, ó la afilada flecha de un salvaje habian podido privarme de la existencia; pero ya era poco el camino que me quedaba para llegar al pais de la mision, comarca menos salvaje, mas fértil, y de la cual solo me separaba un prado de yerba larga y espesa, que confinaba con un magnífico bosque.

Este dia me habia puesto en camino muy de mañana con el fin de llegar antes que anoheciera á la mision

de San Francisco; mas sin embargo, ya estaba bien entrada la noche y todavía no veia el campanario de este establecimiento, y por consiguiente me habia desbarriado.

El sol oculto en el ocaso, esparcia sus débiles rayos de púrpura sobre un horizonte bordado de nubes negras, cuyas masas agrupadas anunciaban una próxima tempestad. El calor era sofocante, y en medio de estas vastas soledades era imposible librarse del furor de una borrasca inminente.

Todo se reunia para aumentar mi inquietud; el caballo de que me apoderara en el prado, con la ayuda de un viejo indio, y el que me condujera hasta allí, cayó de repente recibiendo graves heridas, y tuve que renunciar á su socorro para ir mas lejos: me senté, pues, muy triste despues de buscar por todas partes, y reconocer el lugar donde me hallaba. Los relámpagos se sucedian de una manera tan espantosa, que á mi desdichado corcel le temblaban todos sus miembros. Escuchaba, aunque en vano, á ver si el viento me traia el ruido de alguna mansion humana; pero desgraciadamente mi oido no apercibia mas que el sordo y lejano ruido de los truenos.

A poco rato oí á alguna distancia el galope de dos caballerías: una joven india apareció bien pronto, montada sobre uno de esos caballos de los prados, capturado por el lazo de los naturales, y dirigiendo con admirable destreza un segundo caballo por medio de una correa. Esta joven de fisonomía fina y agraciada parecia tener poca edad, sus ojos eran vivos y penetrantes, y su boca entreabierta dejaba ver dos carreras de finísimos dientes parecidos á la perla, y que resaltaban con el hermoso carmin de sus labios, largos cabellos rubios flotaban en rizos sobre su espalda tostada por los abrasadores rayos del sol. La luz del relámpago reflejaba sobre su cara pálida, en la cual se pintaba la sorpresa que la causara mi inesperada presencia: se detuvo súbitamente; pero tranquilizándose bien pronto, me dirigió la palabra en español muy puro.

— Os habeis perdido, mi reverendo padre: me dijo? Es preciso llegar al instante á la mision, si quereis libraros de la tormenta que va á estallar.

— En efecto, me he extraviado, hija mia; y ademas mi caballo está herido, y no sé cómo llegar hasta la casa del rector de San Francisco, mi amigo.

— Vos sois amigo del buen padre D. Garcías! interrumpió la joven india con alegría entusiasta. Dios sea alabado! Serviré de guía á vuestra reverencia..... Don

Garcías es mi padre adoptivo, y si mal no recuerdo creo que esperaba á un amigo. Sois vos por ventura?

— Yo soy ese amigo.

— Venid, pues, en nombre del cielo; y puesto que no habeis tenido la precaucion de apoderaros de muchos caballos como hacen los naturales, montad en este que es vivo y vigoroso: pronto estaremos en San Francisco.

Yo le acepté, y, como en diciendo esto me diera el lazo con que sujetara al segundo caballo, le monté inmediatamente, y partimos á galope al traves del prado.

Puestos en camino reflexioné un momento sobre la singularidad de mi situacion; mas no queriendo seguir en silencio, acerqué mi caballo al de la cándida niña del bosque, y volví á anudar nuestra interrumpida conversacion.

— Habeis Hegado, dije, para salvarme; pues sin vuestro socorro ¿qué hubiera sido de mí?

— Dios nos asiste siempre, respondió ella con acento penetrado.

— Parece que conoceis mucho esta bella comarca; es aquí dónde habeis nacido?

— Sí; exclamó con entusiasmo. Este es mi pais... Es el mas hermoso?

— No... O al menos hace tiempo que no he visto otro con que poder compararlo. Y cómo os llamais?

— En otro tiempo me llamaba Myhagnah..... pero soy cristiana, padre mio!.... Estoy bautizada por don Garcías, y ahora mi nombre es Teresa.

— Qué edad teneis?

— La algarroba ha florecido diez veces desde que estoy aquí, y otras cinco veces la he visto florecer cuando estuve en el bosque; porque he nacido en el bosque, padre mio: yo soy una niña salvaje, de familia salvaje.....

(Continuará.)

M. M.

EL CEMENTERIO.



Audivi vocem de coelo dicentem mihi:
Beati mortui qui in domino moriuntur.

Oficio de difuntos.

Silenciosa mansion; último asilo
Concedido en la tierra á los mortales,
Respire al fin mi corazon tranquilo
Al pie de tus fatídicos umbrales.

Lejos aquí del engañoso-mundo
Vengo á buscar la ciencia verdadera,
Y en tu silencio lúgubre y profundo
A oir la voz de la verdad austera.

Vengó á buscar en tu recinto oscuro
El solo bien que encierra, — el triste olvido:
Veré estrellarse en tu horadado muro
El bien y el mal, en uno confundido.

Todo aquí pasa; oscuridad y gloria
En tu inmenso padron quedan iguales,
Que se borra muy presto la memoria
Del que una vez traspasa tus umbrales.

A la posteridad quisiera el hombre
Su memoria legar, y esto le hechiza!
¡Locura, ceguédad! ¿qué vale un nombre
Cuando el que le llevó solo es ceniza?

Vates, caudillos, levantad la frente:
Del polvo en que dormís... decidme ahora
El lauro que ceñisteis blandamente,
Os preservó de larva destructora?

Venid, bellas, venid, lección severa
Aquí hallareis que vuestro orgullo abata;
Vereis en la espantosa calavera
El porvenir hermoso que os retrata.

Vosotros, poderosos de la tierra,
Venid tambien, seguidme á esta morada,
Y ante esos nombres que el sepulcro encierra
Temblareis recordando vuestra nada.

Yacen aquí sin brillo, oscurecidos,
Los que el mundo envidió por su grandeza:
Decidme... entre esos huesos confundidos
¿Dónde la plebe está? ¿do la nobleza?

Entre el magnate y la ramera astrosa
¿Qué diferencia estableció la tumba?
Un palmo de terreno y una losa
Que en breve tiempo el huracan derrumba.

No hay rango aquí ni distincion; si acaso
Marmórea tumba es del orgullo abrigo,
De podredumbre y corrupcion es vaso
Como la estrecha fosa del mendigo.

La gloria es humo, y el poder mentira;
Locura los placeres mundanales:
El que entre sueños de ambición delira
Tropieza al despertar con tus umbrales.

Aquí se acaban los proyectos vanos,
Se anonadan la fuerza y hermosura;
El odio y el amor huyen livianos
A confundirse en la tiniebla oscura.

Descubren desde aquí mis tristes ojos
De sendas un confuso laberinto...
Floridas unas... otras con abrojos:
Todas vienen á dar á este recinto.

De todas la carrera es harto breve:
Y el que imprudente y vano se atropella
Al ir en pos de alguna sombra leve,
Con prematuro fin aquí se estrella.

Con lento paso ó con veloz carrera,
El término es seguro, el día incierto:
En el triste dintel ninguno espera,
A todas horas para el hombre abierto.

Al entrar deja sus prestadas galas,
Caen marchitas de su sien las flores,
Y eres tú solo el que en la tierra igualas
A esclavos juntamente y á señores...

¡Oh! cuántas veces en mi orgullo loco
Quise ceñir costosa pedrería!...
El honesto ropaje tuve en poco,
Mezquino el ancho hogar me parecía.

Al descansar en el mullido lecho,
La indigencia no ví de mis hermanos;
Cerré á la dulce gratitud mi pecho
Por dar entrada á pensamientos vanos.

¡Ilusiones!! entonces me cubríais
Con áurea nube el porvenir oscuro!
Y placeres sin fin me prometíais,
Dándome lo imposible por seguro.

Ahora... en cada tumba que contemplo
Oigo una voz que dice: «Ven, profana,
»Ya que osaste llegar, lleva un ejemplo:
»Lo que hoy se encierra aquí serás mañana.»

Horrible idea con que siempre lucho,
En forma cada vez mas espantosa,
¡Siempre de horror me yelas! mas ¿qué mucho,
Si es la vida también al triste hermosa?

Aunque en su caliz mucha hiel se beba,
No siempre el lábio su veneno apura;
Con él mezclado alguna vez se prueba
Una gota de mágica dulzura.

Tal vez algunos con desden provocan
El término fatal; mas si llegara
En el instante mismo que le invocan,
Temblaran de mirarle cara á cara.

¡Triste es morir! ¡abandonar la tierra!
Romper ¡ay! cada vínculo querido,
Y sentir que el espíritu se aterra
Ante ese porvenir desconocido.

Ante ese porvenir impenetrable
Que un noble instinto al hombre ha revelado;
Eterno como Dios, inevitable,
Y que en la tierra comprender no es dado.

¡Ay! por mas que el espíritu se encumbra
A traspasar sus límites, no llega:
Ya vivísimo rayo le deslumbra,
Ya pavorosa oscuridad le ciega.

Mas ¿qué luz repentina el alma hiere?
Allí lo veo sobre el muro escrito:
«Es bienaventurado aquel que muere,
»Si espera en el Señor.» ¡Dogma bendito!

¡Consoladora fé, virtud sublime!
Intérprete de Dios, tu voz retumba,
Y el infeliz á quien la duda oprime
Salir te ve triunfante de la tumba.

¿Dónde está, muerte, tu victoria, dónde?
Aquí en tu mismo alcázar esculpida
Sentencia misteriosa me responde:
«La muerte es el principio de la vida.»

MICAELA DE SILVA Y COLLAS.



LAS ROSAS.

Existe una flor que ha gozado por parte del hombre de una marcada predilección en todos tiempos, y que ha sido siempre buscada con afán de las mugeres, y cantada en dulces versos por los poetas; y esta flor es la rosa, en posesión hace ya más de 5000 años del título de *reina de las flores*. En vano han ido descubriéndose sucesivamente, y en particular en estos últimos años, mil nuevos géneros de plantas, mil flores bellísimas, debidas á los adelantos de la floricultura y á la aclimatación: la rosa ha visto hundirse los tronos, disolverse las naciones, por decirlo así, sin que nada haya sido poderoso á arrancarle el cetro de las manos.

El cultivo de la rosa se pierde en la noche de la más remota antigüedad, de suerte que la historia no ha podido conservarnos el nombre de los primeros pueblos que la trasladaron á sus jardines: es de presumir, sin embargo, que cuando el hombre pasó á vivir en sociedad, pasó á habitar con él y á ser el ornato de las plantaciones de recreo. Pero en lo que no cabe duda alguna es, en que así los primeros historiadores como los más antiguos poetas se ocuparon ya de ella: se la encuentra citada en los libros de Salomón, en Safo, en Anacreonte, en Herodoto, etc. Los poetas, sobre todo, no se cansaron de ponderar sus perfecciones, siendo para ellos origen y objeto, á la par, de un número de graciosas alusiones y pinturas que después se han reproducido en todos los idiomas modernos.

La costumbre de llevar coronas de rosas parece que nació en Oriente, habiendo pasado después á la Grecia, de donde la tomaron los romanos inmediatamente, puesto que era ya conocida en Roma hacia la segunda guerra púnica. Mas tarde, bajo el imperio, llegó á tal punto la afición á las rosas en la capital del mundo, que se las quiso obtener en todas estaciones, y como el clima de Italia no era aun bastante cálido para que pudieran darse durante el invierno, se las trasportaba desde el Egipto á costa de no pocos cuidados y dispendios. Posteriormente, en tiempo de Domiciano, los jardineros romanos habían ya adelantado tanto en todo género de cultivo, que conseguían llevar los lirios y rosas á su completo estado de desarrollo, sirviéndose de invernáculos, cuya temperatura mantenían en el grado conveniente por medio de tubos de metal llenos de agua hirviendo, ó de verdaderas estufas. Así es que cuando los

habitantes de Méμφis, creyendo hacer un grande obsequio al emperador, le enviaron gran cantidad de estas flores para el día de su cumpleaños, que se celebraba en el mes de diciembre, los orgullosos romanos no pudieron menos de sonreírse. Esto dió también ocasión al satírico Marcial para un agudo epigrama, en el cual dice á los habitantes de las orillas del Nilo: «Enviadnos trigo, si os parece, y nosotros os daremos rosas.»—Anécdota que prueba los progresos que el cultivo de esta flor había hecho ya entonces en la ciudad de los Césares. Pocos siglos después los había hecho aun mayores entre nuestros moros de España, que en la época del apogeo de su dominación en Córdoba y Granada estaban tan adelantados en este ramo como podamos estarlo nosotros en el día.

Sin embargo, después de haber florecido y estado muy en voga entre los árabes de la Península, como también entre los franceses, el cultivo de las rosas, durante los siglos XIII, XIV y XV, se vió casi enteramente abandonado, ó por lo menos reducido á bien poca cosa en los tres siglos siguientes. Por este tiempo las flores buscadas con mayor anhelo por las damas y aficionados eran las anémonas, los jacintos, los ranúnculos, y sobre todo, los tulípanes. Pero en el siglo XVIII, época en que el cultivo de las flores en general recibió nuevo impulso, el de las rosas hizo rápidos progresos en muy poco tiempo, á causa del empleo de las semillas, método de reproducción poco ó nada practicado hasta allí. En efecto, no tardaron en obtenerse una multitud de variedades nuevas, la mayor parte de las cuales igualaron y aun escudieron á las antiguas por su aroma y el hermoso matiz de su color; haciéndose en su consecuencia tan general el cultivo de estas preciosas flores como el de las demás plantas que habían hasta entonces estado en moda; desalojando al fin á estas de los jardines y gabinetes, y recobrando con nuevo brillo su dominio absoluto.

Así como en el siglo precedente se había visto á algunos entusiastas partidarios de los tulípanes, pagarlos á peso de oro, se vió también en este á los *rosómanos* ofrecer por la posesión de una rosa cantidades enormes. Sin embargo, en la actualidad es preciso confesar, gracias á los adelantos hechos en el arte de la multiplicación, y especialmente por medio de los injertos acelerados, por los que se obtienen en menos de un año en una sola planta un número considerable de individuos de una misma variedad, que las mejores rosas no tardan en hacerse comunes.

Han dicho algunos que si llegase á conseguirse tener rosas todo el año, dejaria de tenérselas en estima, y nadie haria caso de ellas, porque por lo mismo que se nos presentarian á todas horas delante de los ojos, perderian de su precio. Este es un error que ha demostrado la experiencia. En efecto, desde que se descubrieron las rosas perpétuas, conocidas vulgarmente entre nosotros con el nombre de *inglesas*, ha aumentado, si cabe, la afición á esta flor, siendo estas últimas las que prefieren los aficionados y las que mas se han difundido. Nuestros padres no conocian otra que la rosa doble, ó de cien hojas (rosa fina), la mas bella de todas sin duda, y algunas mas, que si se exceptúa la llamada de *las cuatro estaciones*, solo se obtenian en la primavera. En el dia se conocen infinitas especies, mas ó menos lindas, y tanto mas recomendables, cuanto que muchas de ellas adornan nuestros jardines durante el otoño, y en las provincias meridionales, como Andalucía y Valencia, hasta en medio de los rigores del invierno.

El cultivo del rosal tiene por otra parte la ventaja de ser en extremo fácil y sencillo; una vez plantado, su conservacion exige muy pocos cuidados; así es que en la mayor parte de nuestras provincias recrea la vista, no solo en los jardines mas humildes, sino que tambien en los paseos públicos y hasta en las cercas y corrales de la choza del labrador. Nada por ejemplo mas agradable en los alrededores de Valencia, que el espectáculo que presentan las tapias de las alquerías y de los mil jardines que circundan á la capital, por donde rebosan, por decirlo así, rosas de todos colores,—blancas, amarillas y encarnadas,—formando graciosísimos festones que, mecidos por la brisa, esparcen su perfume á gran distancia, y convidan á cogerlas al que transita.

Los antiguos, como hemos indicado, tenían por ellas especial predilección, de manera que empleaban las rosas en muchos mas usos que nosotros. Verdad es que no sabian sacar el agua ni la esencia de esta flor; pero en cambio conocian otros perfumes, y las hacian entrar en diferentes preparaciones medicinales y de cocina que nosotros ignoramos. Por lo que hace á las rosas mismas, formaban con ellas guirnalda que empleaban en sus solemnidades y fiestas civiles y religiosas: con ellas adornaban tambien las estatuas de sus dioses, sus templos, las víctimas, y las urnas en que depositaban las cenizas de los muertos. Acaso la consideracion de que la rosa nace para marchitarse luego, les haria encontrar analogía con la vida del hombre, y por esto la

consagraron á este último uso; así como una idea enteramente contraria los indujo á tejer con ella las coronas con que adornaban su cabeza en las danzas y fiestas bacanales. Con sus hojas cubrian tambien profusamente los asientos y las mesas en sus banquetes, y en ciertas ocasiones el pavimento todo de la sala del festin.

Por un refinamiento voluptuoso del gusto, habia muchos ilustres patricios que deseaban aspirar el suave perfume de las rosas al mismo tiempo que el espirituoso de los vinos, y mezclaban con el dorado falerno, en una misma copa, hojas de frescas y purpurinas rosas.

¿Qué mas podemos decir? Al cabo de tantos siglos esta preciosa flor es buscada y querida de nuestras hermosas, como lo fué de Safo y Anacreonte. Inspira á todos la misma afición, el mismo amor, ocupa siempre el trono en el imperio de Flora. B.

A MI AMIGO D. P. P.

(Residente en Madrid.)

Oye, ciudad tumultuosa,
La orgullosa
Morada de reyes mil,
A la que niegan las flores
Sus olores
Aun en el placido abril,

La que palacios ostenta
Do sustenta
El dolo su imperio cruel,
Y tras dorados engaños,
Desengaños
El hombre encuentra de hiel;

La que por tu seno bullen,
Se escabullen,
Cruzan, corren y allá van
Carrozas, ginetes, plebe
Que se mueve
Con incomprensible afán.

Desde tu hueca garganta
Se levanta
En pavoroso rumor,
Ronco babel de quejidos
Y alaridos,
Y risas y ayes de amor.

Tus palacios, tus jardines,
Tus festines,
Tus galas y brillantez,
Tus circos, plazas, paseos,
Tus recreos,
Discorde todo á la vez,

El vago clamor nos miente,
Balbuciente,
Del goce y dolor sin fin,
Que en tu seno nace y muere;
Mas ni aun hiere
De tu atmósfera el confin.

Peró al través de ese velo
De tal duelo
Tanto llanto y tal penar,
Cien huellas de sangre y gloria,
De memoria
Eterna se ven brillar:

Que cuando nacion estraña
Vil á España
Domar quiso sin piedad,
Tus bravos hijos lidiaron
Y salvaron
Su patria y su libertad.

El héroe de cien naciones
Sus legiones
Con arrogancia guió;
Mas el laurel de sus glorias
Y victorias
En España marchitó:

Que sus valientes murieron;
Los trageron
Las aves á alimentar,
Y su sangre derramaran
Y regaran
Valles y eriales al par.

Aun brotan feraz collado,
Monte osado
Y campiñas en verdor;
Y aun los negros cuervos hozan,
Y aun destrozan
Aquellos restos de horror.

Mas... sigue así, tumultuosa,
Orgullosa
Morada siendo de un rey;
Que la gente que en tí vive
No concibe
La demencia de tu grey.

Vive, que en tu seno bullen
Se escabullen,
Cruzan, corren y allá van
Seres, cual náufraga nave,
Que ¿quién sabe
Quiénes son ni adónde van?

Mas entre el tumulto y ruido
Y mugido
Que alza el hirviente tropel,
No con los ojos le sigo
A ese amigo,
Sino con el alma fiel.

Ciudad!.. ¿no escuchas su acento
Y el lamento
Que ausente exhala por mí!
¡Deja, ciudad, que otro exhale!
¡Lo que vale
Oh! no se te alcanza á tí!

De un suspiro el aura suave,
Nadie sabe
El placer que lleva en pos;
Porque priva y enagena
Cuando suena,
De amigo á amigo, entre dos.

Tráele en tus alas, amante,
Al instante,
Aura bastarda, hasta aquí;
Y en premio sientas tu seno
De azahar lleno,
Rosa, clavel y alhelí.

(Cáceres, 1844.)

A. G.

REVISTA DE TEATROS.

PRÍNCIPE. Despues de la propiedad y riqueza con que ha puesto en escena la célebre comedia de Don Agustin Moreto, *El Desden con el Desden*, hemos visto la del inmortal Don Francisco Rojas, *Del Rey abajo, ninguno*. Ignoramos si en la época en que se estrenó *El García del Castañar* sería mejor desempeñada que hoy; pero creemos que es imposible. El público ha quedado complacidísimo, y tanto la Sra. Díez como don Julian Romea, han enriquecido con nuevos laureles sus frentes, SS. MM. honraron con su presencia la función.

CRUZ. Este teatro, al que la *Patá de Cabra* está dando grandes entradas, ofreció el miércoles la función que está dispuesta para beneficio de Doña Josefa Noriega, pero la suspendieron y con ella nuestras esperanzas de hacer callar, siquiera quince dias, al bueno de *Don Simplicio*, *Bobadilla*, *Mejaderano* y *Cabeza de Buey*; si bien á la hora de escribir estas líneas estamos en la creencia de que terminan las representaciones, de la sin-par comedia, hoy mismo.

CIRCO. El teatro del gran tono no ha dado función alguna nueva. *El Diablo enamorado*, *I Lombardi* y *La Ondina* han hecho pasar á sus consecuentes espectadores la semana. Se espera, sin embargo, que la fresca obra de Verdi, la ópera que en París está ya juzgada definitivamente, *El Atila* sea puesto en escena acaso esta noche. Ojalá los cantantes actuales salgan de ella como lo deseamos.

INSTITUTO. Este teatro ha presentado al público la compañía lírica reformada en *El Barbero de Sevilla*. La ejecución valió poco, y creemos que han equivocado la distribución de los papeles.

Entre tanto la Familia americana sigue llamando la atención por el mérito de cuanto hace, y por la modestia con que se ha presentado; sin el aparato de carteles que acompaña estos casos.

Todo lo que hemos visto, *El Mono doméstico* y los cuadros disolventes, todo nos ha agradado. El público se manifiesta tambien muy satisfecho de los espectáculos.

VARIEDADES. *Vivir sobre el país*: comedia en dos actos y en verso, de autor anónimo. No falta quien ha querido achacársela al señor Alva, pero nosotros dudamos que así sea, puesto que hasta ahora no tenemos datos que destruyan lo que dicho autor manifestó al público el primer día de su representación, y como no creemos

sea de interés en el momento el aclarar este asunto, no nos cansaremos en apurar la verdad. Lo que sí llama muy particularmente nuestra atención, y hace que compadezcamos á los literatos que se dedican á escribir para el teatro, es el observar que mientras buenas composiciones apenas pueden sostenerse por tres ó cuatro representaciones, otras, que como la que nos ocupa, que el único mérito que tiene es ser corta, haya estado ejecutándose nada menos que por nueve dias consecutivos, y siempre con numerosa concurrencia. El argumento de esta comedia se reduce á querer robar á un pobre fátuo que por las esperanzas de ser ministro no teme arruinarse, y para ello se echa mano de fingidos embajadores, y tambien de un rendido amante, que aunque animado de los mismos pensamientos que aquellos, sin embargo no aparece caminar de común acuerdo; la versificación, con muy pocas excepciones, es mala y abunda en inmoralidad.—La comedia en un acto titulada: *Llegar y vencer, ó un día en el Escorial*, sin embargo de ser original del señor Capo, presenta muy poca originalidad, pues apenas se encuentra en ella pensamiento que no nos recuerde alguna otra composición, pero en cambio ofrece una multitud de equívocos altamente ofensivos á la buena moralidad. Cuando se escribe para el teatro es preciso tener presente que no basta sembrar una pieza de chistes propios ó ajenos, sino que es preciso poner mucho cuidado en no apartarse del objeto del teatro.

MUSEO. Este teatro destinado sin duda á avergonzar á los demas por la priesa y abundancia con que ofrece producciones originales, ha puesto últimamente en escena *La ilusión ministerial*, comedia escrita por el Señor Montemar.

El protagonista, que es un diputado tonto por creerse próximo á ser ministro, y sabio porque sabe pronunciar discursos que arrastran en pos todas las opiniones y todas las banderías, no es como debiera, la figura principal, y hace recordar al protagonista de *Un ministro!!* de Scribe; pero este recuerdo perjudica al Señor Montemar, por lo que hemos dicho; porque su Don Mamerto no se destaca entre los demas personajes, no brilla, mientras el de Scribe, es un tipo notable, que lleva toda la atención del público, y que revela el talento del que le creó.

Despues se ha anunciado la piececita, titulada: *«El Mudo por compromiso»* de la que nada podemos decir porque nuestra Revista no puede alcanzar á mas que el martes.